

Perspectivas teóricas para abordar la nación y el nacionalismo*

Theoretical Perspectives to Explain the Nation and Nationalism

*Martha Lucía Márquez Restrepo***

Recibido: 15/06/11

Aprobado evaluador interno: 20/07/11

Aprobado evaluador externo: 9/08/11

Resumen

A partir de la definición de Anthony D. Smith del nacionalismo como el proceso de formación de las naciones, el artículo revisa las principales teorías que explican la construcción de la nación, agrupándolas en cuatro grandes grupos, a saber: los modernistas que entienden la nación como un dato; los modernistas constructivistas; los perennialistas que conciben la nación como un dato, y los que sostienen que hay una permanencia histórica de la nación como construcción. Finalmente, el texto hace una mención a los temas tratados por los autores posmodernos, dado que ellos no pretenden construir una teoría general sobre el nacionalismo.

Abstract

From the definition of Anthony D. Smith of nationalism as the process of formation of nations, the article reviews the main theories that explain the construction of the nation, grouping them into five namely groups: the modernists who understand the nation as a data, the modernist constructivist; the perennialists who conceive the nation as a data and those who argue that there is a historical permanence of the nation as a construction.

Finally, there is a mention of the topics raised by postmodern writers, because they do not want to build a general theory of nationalism.

* Artículo de revisión producto de la investigación doctoral titulada "Relatos en disputa: la reconstrucción de la nación en Venezuela (1989-2010)"

** Profesora de planta de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Actualmente cursa el Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Javeriana. Correo electrónico: marquezm@javeriana.edu.co.

Palabras clave:

Nación, nacionalismo, teorías del nacionalismo.

Key words:

Nation, Nationalism, Nationalism Theories.

Palabras clave descriptor:

Nación, nacionalismo – teorías, globalización.

Keywords plus:

National state, Nationalism – Theories,
Globalization.

Introducción

En 1992 se publicó la primera edición en inglés del texto *Naciones y nacionalismos desde 1780*, del historiador inglés Eric Hobsbawm. El académico analizaba los tres grandes momentos del nacionalismo, a saber, el nacionalismo gubernamental que se inició en el siglo XVIII; el nacionalismo del periodo entre 1880 y 1914, que defendía el derecho a la autodeterminación de las naciones, y la etapa que él llama el apogeo del nacionalismo entre 1918 y 1950, en la que se produjo la crisis de los imperios y la descolonización de Asia y África. Casi al concluir su trabajo, Hobsbawm afirmaba que el nacionalismo después de mediados del siglo XX había perdido fuerza, pues había “[...] dejado de ser la fuerza histórica que fue en la época comprendida entre la Revolución Francesa y el final del colonialismo imperialista después de la Segunda Guerra mundial” (Hobsbawm, 1998, p. 179). Sugería, no obstante, que el nacionalismo seguiría usándose como un mecanismo de integración de distintas sociedades.

Los hechos acaecidos después de publicado el famoso libro sugieren una interpretación distinta. La disolución de la Unión Soviética dio paso a reclamaciones nacionalistas de las viejas repúblicas; la globalización generó resistencias que se expresaron como un regreso a las identidades nacionales, como lo interpreta Castells para el caso del zapatismo (2005); en Europa Occidental, la prosperidad de regiones como Cataluña, Euskadi y Lombardía dio origen a reclamaciones de autonomía económica y fiscal que se sustentaron en viejas reivindicaciones nacionalistas; y, todavía hoy, algunas naciones como la palestina reclaman por un Estado (Santamaria, 2001).

América Latina no se aparta de esta tendencia. En Venezuela llegó al poder en 1999 un militar nacionalista que se propuso regenerar la nación a la que le atribuía valores como el heroísmo, el sacrificio y la entereza moral. Refiriéndose a su proyecto decía:

El presente trabajo tiene la intención primordial de resaltar uno de los auténticos valores nacionalistas que nos legaron aquellos que ofrendaron sus vidas en la búsqueda de una Venezuela mejor, libre e independiente; valores que, lamentablemente, no están enraizados en el corazón del pueblo, de ese pueblo ávido de gloria y de grandeza, el cual surgió, precisamente, de esos valores que encendieron el relámpago milagroso en la América de la primera mitad del siglo pasado: la Revolución. (Chávez Frías, 1992)

En 2006 ocurrió lo mismo en Bolivia, donde llegó al poder un presidente aymara que impulsó la aprobación de una constitución que reconocía el Estado como plurinacional comunitario, libre, independiente, soberano, democrático, intercultural, descentralizado y con autonomías (artículo 1 de la Constitución Política de Bolivia). Una tendencia similar se puede encontrar en la Constitución ecuatoriana de 2008.

Aun cuando algunos autores podrían señalar que muchas de las expresiones del nacionalismo hoy no son más que “nacionalismo banal”, es decir, un nacionalismo normal y cotidiano mediante el cual se reproduce el Estado-nación, como ocurre con el ondear cotidiano de la bandera o la permanente referencia de los gobernantes a la unidad nacional, eso no descarta su importancia. Por ser cotidiano, el nacionalismo no deja de ser importante y justamente por ello un autor como Michael Billig propone el estudio de ese “nacionalismo banal” que ayuda a la reproducción del orden político y que él opone al “nacionalismo vehemente”, que es el que se enarbola para cuestionar imperios, construir Estados, refundar nacionales y disputar el imperialismo (1998).

Así pues, banal o vehemente, como lo señalaba Isaiah Berlin en 1991, el nacionalismo nunca murió y es hoy todavía poderoso¹. Por esa razón, conviene regresar al tema y, como se propone este trabajo, realizar una revisión de las principales teorías sobre el nacionalismo con el fin de ofrecer a un instrumento que oriente el análisis del fenómeno. Esta revisión concibe el nacionalismo como “el proceso de formación de las naciones” (Smith, 2000, p. 329), que es lo que las teorías aquí abordadas pretenden explicar y no lo entiende como las doctrinas o ideologías que sostienen, entre otras, que el mundo se divide de forma natural en naciones, que la nación es la fuente de todo poder político o que a toda nación debe corresponderle un Estado². De allí el título que se le ha dado a este trabajo: perspectivas teóricas para abordar la nación y el nacionalismo, entendido ese como el proceso de formación de la primera.

La clasificación de las teorías

Varios autores han intentado ordenar la prolífica producción sobre el nacionalismo elaborando matrices y clasificaciones. En 1986, Anthony D. Smith, en *Los orígenes étnicos de la nación* (1986), organizó las teorías sobre el nacionalismo en teorías modernistas, perennialistas y primordialistas y, en un libro de 2000, incluyó una cuarta categoría bajo el título “¿Más allá de la modernidad?”, donde incluyó las visiones posmodernas sobre la nación (Smith, 2000).

¹ “In our modern age, nationalism is not resurgent; it never died. Neither did racism. They are the most powerful movements in the world today, cutting across many social systems” (Cohen, 1993, pg. 37).

² Esta distinción es útil, pues una cosa es estudiar la ideología del nacionalismo y entender el papel que cumple y otra es explicar el proceso de formación de las naciones. Lo primero sería un estudio sobre el pensamiento y las doctrinas, en el que la reflexión no podría remontarse más atrás del siglo xviii, pues todos los autores parecen coincidir que es con la revolución francesa que aparece el nacionalismo como ideología de promoción de la soberanía de la nación y de la autodeterminación. Esta distinción se encuentra en Smith, quien señala que por nacionalismo puede entenderse: doctrinas e ideologías; movimientos; sentimientos; procesos de construcción de naciones y símbolos y lenguas (2000, p. 329).

Dentro del grupo de las modernistas, ubicó las teorías que plantean que la nación es un producto de los cambios asociados a la modernidad, como el capitalismo, la alfabetización y la industrialización. Las teorías perennialistas, por su parte, son las que sostienen que los vínculos sobre los que se construyen las naciones son permanentes y continuos en el tiempo, así que las naciones no son exclusivas de la modernidad. Y las teorías primordialistas son las que consideran que la nación se remonta al pasado y que está construida sobre vínculos fundamentales para el ser humano, como pueden ser la raza, la sangre y la familia. Smith no descarta la posibilidad de que algunas teorías puedan caer en dos de las categorías construidas, pues no solo el primordialismo y el perennialismo no son excluyentes sino que puede darse el caso de autores como Walter Connor, quien sostiene una visión perennialista al plantear que la nación o la etnicidad es permanente en el tiempo, pero que plantea también que los vínculos de la etnicidad adquieren una expresión singular en la modernidad y que, por ejemplo, la publicitación de lo nacional en forma de nacionalismo es un fenómeno propio del siglo XIX (1998).

Por su parte, Antoine Roger, en un trabajo de 2001, clasifica las teorías del nacionalismo a partir de dos variables: sus causas y su función. Según el origen, las teorías pueden insistir en lo estructural o pueden explicar el nacionalismo como producto de la acción de actores individuales y colectivos y, según su finalidad, pueden insistir en que el nacionalismo busca la dominación o la cohesión social. Según este esquema resultan para el autor cuatro de teorías: las que ven el fenómeno como resultado de una evolución estructural y con el cual una clase busca la dominación, que es la visión clásica del marxismo que concibe el nacionalismo como producto de las estructuras de dominación capitalista y como una estrategia de la burguesía para disimular la explotación del proletariado. En el segundo tipo, Roger ubica las teorías que sostienen que el nacionalismo es producto de un factor estructural –como lo biológico o la organicidad de una sociedad, que se funda sobre la raza o la sangre–, pero que, a su vez, señalan la función de cohesión que cumple la nación; a este grupo pertenecen los sociobiólogos, como Van den Berghe, y los primordialistas, como Clifford Geertz, a quienes nos referiremos más adelante. El tercer grupo lo forman los teóricos que consideran que el nacionalismo es producto de actores individuales o colectivos que buscan con él dominar a otros grupos, como es el caso de la teoría de Nathan Glazer que plantea que las comunidades nacionales buscan defender sus intereses materiales y económicos, pero los encubren bajo la supuesta defensa de la lengua, la religión y la tradición para no generar suspicacias en comunidades vecinas y potencialmente rivales; o el caso de la teoría de Liah Greenfeld, que insiste en que el nacionalismo es producto de élites que experimentan problemas de estatus y de inseguridad. Finalmente, Roger tipifica un cuarto tipo de teorías, entre ellas las de Anthony Smith y Walker, quienes plantean que el nacionalismo es producto de actores sociales o colectivos que no buscan dominar sino cohesionar las comunidades (Roger, 2001).

Liah Greenfeld y Jonathan Eastwood, por su parte, resumen en dos las visiones sobre la nación y el nacionalismo: la del estructuralismo sociológico, que insiste en el anclaje económico, político o social de la aparición de la nación, y las visiones del constructivismo cultural, propio de las teorías posmodernas que se concentran más en la explicación sobre la forma como se construye la nación (2007).

Otro autor, Christophe Jaffrelot, clasifica las teorías del nacionalismo según dos variables: el enfoque de temporalidad y la forma como se conciba la nación. A partir de estas variables señala cuatro grandes paradigmas en la comprensión del fenómeno del nacionalismo (1993). Según la primera variable, la teorías sobre la nación pueden ser modernizadoras o modernistas, si consideran que las naciones son producto o están asociadas al proceso de modernización, es decir, al paso de una sociedad tradicional a una moderna; o pueden ser perennialistas, si sostienen que el fenómeno de la nación es permanente en el tiempo y que no está asociado a un momento o evento histórico particular.

Según la segunda variable, Jaffrelot distingue dos visiones: las de aquellos que la entienden como un dato realmente existente, es decir, los que tienen una visión reificada de la nación porque la consideran anclada a algo dado, como las similitudes biológicas o culturales. Y una segunda visión, la de los constructivistas, que la consideran una construcción, por lo general, producto de la acción de las élites, los intelectuales o del Estado.

Cruzando estas dos variables resultan cuatro tipos de visiones para abordar la nación, a saber: los modernistas que conciben la nación como un dato; los modernistas que la entienden como una construcción; los perennialistas que la entienden como un dato y los que la abordan como una construcción. Partiremos de la propuesta de Jaffrelot para clasificar las teorías más relevantes para abordar el nacionalismo, pero incluiremos en su esquema a autores que él no aborda y que hemos revisado, así como una categoría adicional, la de los posmodernos.

La modernización y la construcción de la nación

Dentro de este paradigma se encuentra un grupo grande de teóricos que asocian la construcción del concepto de nación por parte de las élites, de los intelectuales o incluso del Estado al proceso de transición de un mundo campesino, tribal y feudal, a un mundo urbano y capitalista, caracterizado por la centralización del poder de los Estados. Según Smith, los modernistas se caracterizan por concebir la nación como una comunidad política moderna, creada, mecánica, dividida y esencialmente construida por las élites (2000).

Para una correcta comprensión de su visión clasificaremos a estos autores en: la escuela del *Nation-Building*, los estructuralistas, los marxistas, los instrumentalistas y aquellos que entienden la nación como un fenómeno ideológico.

Los teóricos del *Nation-Building* reaccionan a las visiones perennialistas de trabajos previos a los años sesenta, la mayoría de ellos desarrollados por historiadores que, según

Anthony D. Smith, se dejaron permear por las ideologías nacionalistas y buscaron en las comunidades premodernas las fuentes del nacionalismo contemporáneo. Entre los segundos se destacaban Hans Kohn y Hugh Seton-Watson (Smith, 2000). El enfoque de la construcción de la nación, por el contrario, no acepta que haya continuidad entre las identidades premodernas y las modernas y sostiene que el nacionalismo construye las naciones y no al revés. En esa construcción de la nación juegan un papel central los gobernantes y la élites estatales que, a través de la educación, la estandarización de la lengua y los medios de comunicación, construyen la identidad nacional que funciona como una cultura política en la que se sustenta la comunidad cívico, popular y territorial que es la nación. Aunque dentro de los exponentes de esta escuela se encuentran autores tan importantes como Gabriel Almond y Reinhard Bendix, el autor más reconocido es Karl Deutsch con su obra *Nation-Building* de 1963, en la que incluye un capítulo titulado “Nation-Building and National Development”, y su trabajo previo de 1953 *Nationalism and Social Communication: an Inquiry into the Formation of Nationality*. Para el autor que define la nacionalidad como “[...] la facultad de comunicar efectivamente y a propósito de numerosos temas con los miembros de un vasto grupo más que con los que le son extraños” (Deutsch citado en Jaffrelot, 1993, p. 207), la nación es una necesidad del mundo moderno en el que la división del trabajo, la movilidad del capitalismo y los mercados, requieren de esa comunicación con un grupo más grande que la tribu –entidad propia del mundo tradicional–, y donde el Estado requiere de la unidad de la comunidad en la que se establece. Por esto el Estado impulsa la construcción de la nación a través de la asimilación de todos los grupos étnicos en una cultura común que descansa sobre un lenguaje común, proceso que se logra fundamentalmente a través del uso de los medios de comunicación. En su trabajo de 1963, señala las cuatro etapas por las que pasan los grupos minoritarios que son asimilados por la cultura promovida por el Estado, a saber: la resistencia declarada a la política del Estado nacional; la integración mínima expresada en la aceptación pasiva a la asimilación cultural; la integración política más profunda que reconoce la existencia del Estado pero defiende la diversidad étnica y cultural y, por último, la asimilación y la fusión en la cultura nacional (Connor, 1998, p. 33).

A partir de los planteamientos de Deutsch pero bebiendo también de la visión weberiana sobre el Estado, Anthony Giddens, desde el concepto de Estado reflexivo, plantea implícitamente una teoría sobre la formación de las naciones como producto de la acción del Estado. En *Nations, States and Violence* el autor sostiene que el Estado-nación es un fenómeno propio de la modernidad que se caracteriza por “[...] una serie de formas institucionales de gobierno capaces de mantener el monopolio administrativo sobre un territorio expresamente delimitado (por medio de fronteras), cuyo gobierno es sancionado por la ley y por el control directo de la violencia interna y externa” (Giddens citado en Smith, 2000, p. 141). El Estado construye la nación, que es la colectividad sujeta a la administración del Estado, no sólo a través de la ordenación de los seres humanos

en el territorio y de la administración pública sino de la afiliación de ellos a símbolos y creencias que refuezan la comunalidad.

Una visión similar es la de Charles Tilly. En *La formación del Estado nacional en la Europa occidental* el autor demuestra que la variable central en la formación del Estado es la guerra y aunque no se ocupa directamente de las naciones por considerar que “es uno de los conceptos más tendenciosos del léxico político” (citado Smith, 2000, p. 148), señala que hay naciones creadas por las funciones económicas y militares de los Estados –caso de Europa occidental– y otras construidas por intelectuales, pero, en cualquiera de los dos casos, con ellas adquiere fuerza y se objetiva el Estado.

Desde el enfoque sicosocial Walker Connor critica esta escuela del *Nation-Building* por menospreciar la importancia del sentimiento nacional y suponer que la lealtad nacional que, como veremos posteriormente descansa en una condición psicológica expresada en un sentimiento, se reemplaza fácilmente por la lealtad al Estado. Como argumentos a esta posición no sólo esgrime cifras que muestran que un alto porcentaje de Estados sigue siendo multiétnico sino que hace referencia a los innumerables conflictos nacionales que existen en países como España (vascos, catalanes, gallegos), Italia (tirolese), Reino Unido (galeses, irlandeses y escoceses) y Bélgica (valones y flamencos), entre otros. Sobre el particular señala: “Ninguna categoría particular de Estados multiétnicos ha resultado inmune a los efectos disgregadores de la etnicidad: tanto los Estados autoritarios como los democráticos, tanto los federales como los unitarios, tanto los asiáticos como los africanos o americanos o europeos se han visto afectados por igual” (Connor, 1998, p. 40).

También señala Connor que, aunque Deutsch sostenía en sus primeros trabajos que la movilización de la población durante la modernización a través de los mercados, la industrias, la educación y la comunicación hacían más rápida la asimilación cultural, en trabajos más recientes llegó a sostener que si la modernización se daba antes de la asimilación podía darse la tendencia a la resistencia a la asimilación. Cita Connor:

El factor decisivo en tales situaciones es el equilibrio entre los dos procesos que nos vienen ocupando. Si la asimilación tiene lugar antes de la movilización o mantiene la delantera con respecto a ella, el sistema político conservará probablemente la estabilidad y, andando el tiempo, todos los habitantes llegarán a integrarse en un pueblo único [...] Por el contrario, si la movilización es más rápida que la asimilación, ocurrirá lo contrario. (Deutsch citado en Connor, 1998, p. 34)

Desde los resultados de trabajos históricos, Anthony Smith critica la explicación del nacionalismo de Giddens y de Tilly por considerar que se aplica sólo al caso europeo, en el que las naciones surgen asociadas a los Estados burocratizados, cosa que no ocurre con los nacionalismos rusos u otomanos en los que la conciencia nacional parece preceder

a tales Estados. Adicionalmente, Smith señala que estas teorías dejan por fuera los componentes culturales como la lengua y la raza, es decir, que abordan el nacionalismo político, no así el cultural, y que se rehusan a explicar los nacionalismos secesionistas que aparecen en ciertos estados europeos.

Consideremos ahora a los estructuralistas. Estos conciben la nación como un fenómeno histórico propio de la modernidad y tratan de determinar cuáles son las condiciones históricas que dieron origen a la nación. Entre ellos se destacan Ernst Gellner, Eric Hobsbawm, Benedict Anderson, John Breully y Will Kymlicka, quien básicamente sigue los planteamientos de Gellner.

En *Naciones y nacionalismos* Gellner define la nación como “[...] los constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres. Una simple categoría de individuos (por ejemplo los ocupantes de un territorio determinado o los habitantes de un lenguaje dado) llegan a ser nación si y cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros” (1988, p. 20) y eso es así porque comparten una cultura común, es decir, unos códigos de conducta y comunicación.

Según el autor, ha habido tres grandes etapas históricas: la preagraria, la agraria y la industrial. En la primera, no había ni comunidad política ni Estado. En las sociedades agrarias organizadas por estamentos, había poca movilidad en las ocupaciones y estamentos y, por lo tanto, las comunidades campesinas tenían diversas culturas y eran las castas religiosas, militares y burocráticas las que tenían acceso a la cultura escrita. En el mundo moderno e industrial, que es un mundo en permanente cambio, las naciones son una necesidad, pues el capitalismo y el comercio suponen movilidad laboral, lo que implica la existencia de una cultura común y, como parte de ella, un mismo lenguaje con el cual puedan comunicarse los que se mueven en el mercado y los trabajadores. Esta cultura común es, generalmente, elaborada por intelectuales, normalmente tomando elementos de la cultura de las élites en la que ellos fueron educados. Hay que señalar adicionalmente, que para los campesinos y los sectores populares la adquisición de la nueva cultura y la identidad nacional, además de permitirles movilidad, implica el reemplazo de las identidades del mundo campesino que se disolvieron con la modernización. Entonces, para Gellner, la idea de nación supone la división de trabajo propia de la lógica de la industrialización, la aparición de la clase intelectual que elabora el nacionalismo y la elaboración de una cultura y un idioma estandarizado y mediatizado por instituciones como la escuela que normaliza y uniformiza a los sujetos.

El nacionalismo, por su parte, es definido como “[...] el principio que predica que la base de la vida política ha de estar en la existencia de unidades culturales homogéneas y que debe existir obligatoriamente unidad cultural entre gobernantes y gobernados” (Gellner, 1988, p. 162).

Anthony D. Smith critica la visión de Gellner por considerar que es demasiado esquemática y que no incorpora la variable étnica al análisis, pues, de hecho, el autor la asimila a nación y considera, además, que no da cuenta de los procesos particulares de los pueblos. (Smith, 2000, p. 99).

Dentro de los estructuralistas se ubica también Eric Hobsbawm, cuyos primeros planteamientos en “La fabricación en serie de las tradiciones. Europa 1870-1914” (1983) se ampliaron después en la obra *Naciones y nacionalismos desde 1780*. El autor rastrea los sentidos históricos del concepto de nación, señalando que éste hizo referencia a la comunidad de nacimiento o a la comunidad de extranjeros, entre otras. Plantea que el concepto de nación moderna aparece después de mediados del siglo XIX, entendida como “[...] el conjunto de habitantes de un país regido por un mismo gobierno” (Hobsbawm, 1998, p. 23). Al igual que Gellner, el historiador británico también sostiene que la nación es un dispositivo construido: “Las naciones, como medio natural, otorgado por Dios, de clasificar a los hombres, como inherente [...] destino político son un mito; el nacionalismo que a veces toma culturas que ya existen y las transforma en naciones a veces las inventa y a veces las destruye” (Hobsbawm, 1998, p. 18).

Aunque Hobsbawm defiende la existencia de identidades proto-nacionales, sostiene también que éstas no son la condición para la aparición del concepto de nación y del nacionalismo, sino que lo que explica esto es la acción del Estado, por lo que puede afirmarse que el énfasis en lo político es mayor al que hace Gellner, que se centra en lo económico y en la necesidad de la movilidad de los trabajadores.

“Como se ha observado a menudo, es más frecuente que las naciones sean la consecuencia de crear un Estado que los cimientos de éste” (Hobsbawm, 1998, pág. 86)”

Para Hobsbawm, los Estados y el nacionalismo crean las naciones para controlar a la población y lo hacen a través de mecanismos como la estandarización de la lengua y la invención de las tradiciones. Las tradiciones comprenden prácticas de naturaleza ritual o simbólica, como, por ejemplo, el culto a un héroe o el uso de cierto traje por parte de un dignatario, a través de las cuales se inculcan ciertos valores y normas por medio de la repetición; estas tradiciones se sustentan en su propio pasado y, a través de ellas se establecen símbolos de cohesión social o de pertenencia a comunidades reales y artificiales. Hobsbawm señala también que la democratización de la política favorece la formación del concepto de nación, pues los ciudadanos que pueden participar de la vida política se perciben como iguales, es decir, como comunidad: “El acto mismo de democratizar la política, es decir, de convertir los súbditos en ciudadanos, tiende a producir una conciencia populista que, según como se mire, es difícil de distinguir de un patriotismo nacional [...] porque si el país es de algún modo mío, entonces es más fácil considerarlo preferible a los países de los extranjeros” (Hobsbawm, 1998, p. 97).

En la segunda parte del texto el historiador se dedica a estudiar las transformaciones del nacionalismo. Distingue, primero, el nacionalismo gubernamental, que es el promovido por los Estados desde el siglo XVIII, y en especial entre 1830 y 1870. Este nacionalismo se caracteriza por su carácter cívico y el principio de que sólo las naciones con un territorio y una población suficientemente grandes podían constituirse en Estados soberanos. Luego, el nacionalismo etnolingüístico del periodo entre 1870 y 1914, que defiende el derecho a la autodeterminación de las naciones y el de grupos más pequeños que comparten una raza y una lengua. En este periodo, se introduce la lengua y la raza para definir la nación. A continuación, analiza la etapa que él llama el apogeo del nacionalismo, de 1918 a 1950, que esta vez se dirige contra los grandes imperios y que, entre otros fenómenos, impulsa la descolonización.

A partir de la consideración de los dos tipos de nacionalismo, el cívico y el étnico, Hobsbawm propone dos formas de estudios de estos fenómenos: desde arriba, analizando las ideas y prácticas gubernamentales y, desde abajo, estudiando los sentimientos y creencias populares que sustentan la comunidad.

Encontramos en este paradigma a Benedict Anderson con su texto clásico *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. También, desde una visión que bebe del marxismo, pero dándole prelación a los aspectos culturales y subjetivos, Anderson define la nación como una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana que funciona como un artefacto cultural que puede ser trasplantado a distintos terrenos sociales y culturales. El carácter de imaginada proviene de que, por el tamaño de la misma, sus miembros no se conocen cara a cara, pero suponen que son una comunidad; adicionalmente, esta comunidad se imagina como limitada, es decir, con una frontera así sea flexible y con el derecho a ser libre para erigirse como un Estado soberano.

Según Anderson, la aparición del concepto de nación está asociado a varios fenómenos de la época moderna, a saber: la pérdida de importancia del latín como la lengua de la religión que permitía el acceso de los hombres a la Revelación; el declive de la idea de que la sociedad estaba organizada de un modo natural alrededor de soberanos con derecho divino y la existencia de un tiempo cosmológico que abarcaba el tiempo de la historia humana. En este contexto, nació el capitalismo impreso que, a través de la novela y del periódico, permitió “[...] que un número rápidamente creciente de personas pensaran acerca de sí mismos y se relacionaran con otros, en formas profundamente nuevas” (Anderson, 1993, p. 63), puesto que estas personas se pudieron imaginar viviendo una historia en un tiempo simultáneo.

Los habitantes de la enorme diversidad de franceses, ingleses o españoles para quienes podía resultar difícil o incluso imposible entenderse recíprocamente en la conversación, pudieron comprenderse por la vía de la imprenta y el papel. En el proceso, gradualmente

cobraron conciencia de los centenares de miles, incluso millones de personas en su campo lingüístico particular. (Anderson, 1993, p. 80)

También, dentro de los modernistas, se encuentra John Breuilly con su obra *Nacionalismo y Estado*, en la que explica el surgimiento de la nación como producto de la distancia entre el Estado y la sociedad civil. Según el autor, el capitalismo y la burocratización del Estado lo separaron de la sociedad civil que, en su interés de alcanzar libertades económicas frente al Estado, se erigió como comunidad política. Cuando esta comunidad reivindicó una identidad cultural que provenía de la historia, la comunidad política se convirtió en nación (Smith, 2000, p. 168). Para Breuilly, en la construcción de la imagen de nación juegan un papel importante los intelectuales y los educadores que a menudo son los que “[...] elaboran la categoría de nación dotándola de significado simbólico. Es su imaginación y su capacidad de comprensión la que da a la nación sus contornos y gran parte de su contenido emocional [...]” (Breuilly citado Smith, 2000, p. 174).

En este punto conviene señalar que el constructivismo es criticado por muchos autores por enfatizar en la forma como construye la representación de la nación, pero dejando de lado el análisis del sustrato social de la misma, lo que permitiría dar luces sobre la forma como los nacionales “sienten” la nación y, así, explicar por qué el nacionalismo logra movilizar a la población (Smith, 2000, p. 247).

En el grupo de los modernistas y constructivistas, también puede ubicarse a Will Kymlicka, quien toma elementos de Hobsbawm y de Gellner y cuya peculiaridad consiste en sostener la posibilidad del plurinacionalismo y de la pluriculturalidad. El autor sostiene que la formación de los Estados supone la formación de una cultura societal que, para él, se define como una cultura delimitada geográficamente, cuyo centro de gravedad gira sobre una lengua compartida necesaria para poder vivir y trabajar. El Estado se encarga de estandarizar esa lengua y esa cultura, que normalmente es la de la población mayoritaria, para que la gente se pueda mover en el mercado de trabajo. En Estados como Canadá, desde donde el autor trabaja, la cultura societal se funda en el reconocimiento de derechos liberales, como la igualdad y la autonomía. Estos valores reciben el mismo reconocimiento que los de las distintas naciones que puedan vivir dentro de los Estados modernos, como sería el caso de los quebequenses en Canadá. Por esta razón la existencia de una cultura societal no tiene que reñir con las identidades de las distintas naciones que viven dentro de los Estados nacionales, pues los valores culturales de estas naciones pueden ser coherentes con el liberalismo. En conclusión, la cuestión del nacionalismo sigue siendo vigente y relevante:

La aspiración moderna que representan la libertad y la autonomía, lejos de debilitar el compromiso de los individuos con su propia identidad cultural ha servido en muchos

casos para reforzarlo con más ahínco. Quienes valoran su autonomía también hacen lo propio con su cultura nacional y que esto les confiere el contexto más importante en el que desarrollar y ejercitar su autonomía. (Kymlicka, 2004, p. 49)

Consideremos ahora el enfoque marxista. Para comenzar es necesario señalar que en la teoría de Marx y Engel, el énfasis en la categoría de clase para entender el desenvolvimiento de la historia ocasionó la marginación del tema de la nación y el nacionalismo, como se deduce de la famosa frase de los autores en la sección segunda del Manifiesto del Partido Comunista: “los obreros no tiene patria”. Pero, en la medida en que este fenómeno fue tomando fuerza en el siglo XIX, a través de la reivindicación de autonomía de las nacionalidades de los imperios austrohúngaro, ruso e inglés, progresivamente estos dos autores fueron abordando el tema. Lenin señala cómo Marx llegó a exigir que Alemania reconociera la libertad a los pueblos oprimidos por ella, respetando así la autodeterminación de las naciones. (Lenin, s.f., p. 4). Engels, por su parte, en la carta a Kautsky del 7 de febrero de 1882 reconoció que la liberación nacional, como ocurría para el caso polaco y el irlandés, era una condición para la reforma social y que un movimiento obrero internacional sólo podía existir sobre la base de la armonía de los pueblos libres. Por esta razón, señaló que las guerra de liberación nacional debían tener apoyo de los socialistas.

Pero es en Lenin y en Stalin donde el llamado “problema nacional” se convierte en objeto de detallados análisis. Lenin se aparta de la visión de la Segunda Internacional Comunista, que consideraba que la inminencia de la revolución social hacía irrelevante el nacionalismo y le dedica varios detallados análisis. Para uno de los Congresos de la Tercera Internacional, elabora el texto *Tesis y adiciones sobre los problemas nacional y social*, en el que plantea una visión histórica de la aparición de la nación, vinculada a la aparición de la burguesía. Sugiere allí que la nación se construye alrededor del concepto de igualdad jurídica ante la ley, defendido por la burguesía.

Sostiene, sin embargo, que aun cuando existe un nacionalismo pequeño burgués que proclama el reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones manteniendo la explotación al interior de ella, los movimientos comunistas deben analizar cada problema nacional para apreciar la situación concreta en que viven los trabajadores oprimidos y los explotados y, a partir de ello, denunciar el nacionalismo hipócrita para acercarse a los movimientos nacionales que promuevan cambios sociales. En este acercamiento, los comunistas deben buscar tomar el liderazgo del movimiento social:

Por lo tanto, en la actualidad no hay que limitarse a reconocer o proclamar simplemente el acercamiento entre los trabajadores de las distintas naciones, sino que es preciso desarrollar una política que lleve a cabo la unión más estrecha entre los movimientos de liberación nacional y colonial con la Rusia soviética, haciendo que las formas de esta

unión estén en consonancia con los grados de desarrollo del movimiento comunista en el seno del proletariado de cada país o del movimiento democrático-burgués de liberación de los obreros y campesinos en los países atrasados o entre las nacionalidades atrasadas. (Lenin, 2008, p. 168)

Cuando el nacionalismo resulte victorioso, debe respetar la autodeterminación de las naciones como mecanismo para realizar la democracia total.

Los partidos socialistas que no demostraran en toda su actividad, ahora, durante la revolución, como luego de su victoria, ser capaces de liberar a las naciones avasalladas y construir las relaciones con las mismas sobre la base de una unión libre y sin libertad de separación, es una frase mentirosa, esos partidos cometerían una traición al socialismo. (Lenin, s.f., p. 2)

Stalin, por su parte, en *El marxismo y la cuestión nacional*, proporciona no sólo una definición que remite de nuevo a la histórica de este fenómeno sino que ofrece un nuevo argumento para que los partidos comunistas se acerquen a algunos movimientos nacionalistas. Define la nación como “[...] una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de una vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura” (Stalin, 1977, p. 40). La estabilidad de la comunidad hace referencia a la existencia de relaciones regulares y duraderas entre los miembros, lo que supone una historia, pero también un territorio común. Señala también la importancia de los vínculos económicos para soldar estas relaciones y la existencia de “una comunidad de psicología” que reduce a la cultura. Señala, como es propio de todos los modernistas, que la nación es una categoría histórica de una época determinada, de la época del ascenso del capitalismo.

El proceso de liquidación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo es al mismo tiempo el proceso de agrupación de los hombres en naciones. Así ocurren las cosas, por ejemplo en la Europa Occidental. Los ingleses, los franceses, los alemanes, los italianos, etc. se agruparon en naciones bajo la marcha triunfal del capitalismo victorioso sobre el fraccionamiento feudal. (Stalin, 1977, p. 47)

En el marco del imperialismo capitalista, las burguesías nacionales que quieren defender sus mercados de las burguesías foráneas elaboran el nacionalismo. De allí, Stalin deduce que, si se mina el nacionalismo a través de la democratización del país y del otorgamiento del derecho a la autodeterminación de las naciones, puede disminuirse el poder a las burguesías mundiales. “Lo que sí es posible, incluso dentro de los marcos del capitalismo, es reducir al mínimo la lucha nacional, minarla en su raíz, hacerla lo

más inofensiva posible para el proletariado [...] Para ellos es posible democratizar el país y dar a las naciones la posibilidad de desarrollarse libremente” (Stalin, 1977, p. 55)

Dentro de los innumerables teóricos que beben de las fuentes del marxismo, es fundamental resaltar los aportes a la reflexión sobre el tema de la nación que hacen Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar. Ellos también, como es propio de la tradición marxista, sostienen que la nación es una construcción. Wallerstein la entiende como una de las tres variaciones modernas del término pueblo, cada una de las cuales cumple una función en la economía del sistema mundo³.

La primera variación es el concepto grupo étnico, “una categoría cultural, definida por ciertos comportamientos persistentes que se transmiten de generación en generación y que normalmente *no* están vinculados en teoría, a los límites del Estado” (Wallerstein, 1991, p. 121, cursivas en el original). La segunda es el término raza, que hace referencia a una comunidad que tiene una continuidad genética y la tercera es la nación entendida como “una categoría cultural vinculada de alguna manera a los límites reales o posibles de un Estado” (Wallerstein, 1991, p. 121). Los tres conceptos, como puede verse, remiten al pasado.

Estas categorías parecen adquirir sentido porque nos permiten apelar al pasado para hacer frente a los procesos “racionales” y manipulables del presente. Podemos utilizar estas categorías para explicar por qué las cosas son como son y no deberían cambiarse, o por qué las cosas son como son y no pueden cambiarse. O, a la inversa, podemos emplearlos para explicar por qué las estructuras actuales deberían ser sustituidas en nombre de realidades sociales más profundas y antiguas, y por tanto más legítimas. La dimensión temporal del pasado es un rasgo esencial e intrínseco del concepto de pueblo. (Wallerstein, 1991, p. 120)

Pero, ¿cuál es la función de legitimación que cada uno de ellos cumple? O, en otros términos, ¿por qué se necesitan tres términos distintos? La respuesta que da Wallerstein es que cada uno de ellos legitima un rasgo de la estructura del sistema mundo. El concepto raza justifica la explotación del trabajo que se da en las periferias; el concepto grupo étnico justifica la explotación del trabajo dentro de las unidades familiares, lo que permite que la extracción de la plusvalía sea mayor, y garantiza la reproducción de la mano de obra masculina barata sobre la base de la explotación del trabajo femenino. Finalmente, el concepto nación legitima y mantiene el Estado.

³ Sobre el carácter del construido del concepto de pueblo, una de cuyas tres variaciones es la nación, dice Wallerstein: “El concepto de clase es muy diferente del de pueblo, como bien sabían Marx y Weber. Las clases son categorías ‘objetivas’; es decir, categorías analíticas, manifestaciones de las contradicciones de un sistema histórico, y no descripciones de comunidades sociales” (1991, p. 130).

Cada una de las tres categorías corresponde a uno de los rasgos estructurales básicos de la economía-mundo capitalista. El concepto de “raza” está relacionado con la división axial del trabajo en la economía-mundo; es decir, la antinomia centro-periferia. El concepto de “nación” está relacionado con la superestructura política de este sistema histórico, con los Estados soberanos que constituyen el sistema interestatal. El concepto de “grupo étnico” está relacionado con la creación de las estructuras familiares que permiten que buena parte de la fuerza de trabajo se mantenga al margen de la estructura salarial en la acumulación de capital. Ninguno de los tres términos está relacionado directamente con el concepto de clase y ello porque “clase” y “pueblo” se definen ortogonalmente, lo cual constituye una de las contradicciones de este sistema histórico, como veremos más adelante. (Wallerstein, 1991, p. 125)

Así, pues, el concepto de raza supone el racismo, lo que justifica la explotación de los pueblos de la periferia. El concepto de grupo étnico se construye para legitimar las distintas estructuras familiares. Hay estructuras familiares construidas sobre la base de la proletarianización del trabajo; en ella, todos los miembros trabajan y obtienen salario. Pero hay otras en la que las mujeres, los ancianos y los jóvenes trabajan sin remuneración, como ocurre con el trabajo doméstico de las mujeres; estas estructuras son las que permiten que los asalariados que pertenecen a ellas puedan recibir un salario por hora inferior al coste de la reproducción de la fuerza de trabajo. Según la teoría de Wallerstein, los primeros y los segundos pertenecerían a comunidades distintas que corresponderían a diferentes “grupos étnicos”.

La nación, por su parte, es una creación del Estado para garantizar la cohesión, pero, a su vez, la división del mundo en distintas naciones es consecuencia de la competencia de las burguesías en el sistema-mundo y permite la defensa de unas burguesías frente a las otras.

¿Por qué es preciso que la creación de un Estado soberano concreto dentro del sistema interestatal cree paralelamente una “nación”, un “pueblo”? En realidad, la cuestión no es difícil de comprender: las pruebas son numerosas. Los Estados de este sistema tienen problemas de cohesión. Una vez reconocida su soberanía, es frecuente que los Estados se encuentren amenazados por la desintegración interna y la agresión externa. Las amenazas disminuyen a medida que se desarrolla el sentimiento “nacional”. Los gobiernos en el poder tienen interés en fomentar este sentimiento, al igual que varios tipos de subgrupos dentro del Estado. (Wallerstein, 1991, p. 128)

La categoría de nación nace, pues, no de la división del trabajo en el sistema mundo, sino de la necesidad de competencia entre los Estados.

Etienne Balibar, por su parte, aunque le critica a Wallerstein la visión tan economicista en la explicación de la formación de las naciones pues considera que pasa por alto

la resistencia de las tribus ante tal proceso⁴, comparte en esencia sus planteamientos sobre la nación, pero también sobre la función del racismo. Para el francés, la nación es “[...] una comunidad que se reconoce por adelantado en la institución estatal, que la reconoce como ‘suya’, frente a otros Estados y, sobretodo, inscribe sus luchas políticas en su horizonte: por ejemplo, formulando sus aspiraciones de reforma y de revolución social como proyectos de transformación de ‘su Estado’ nacional” (Balibar, 1991b, p. 145).

La nación aparece con posterioridad al Estado, que, a su vez, es producto de las estructuras de mercado y de las relaciones de clase propias del capitalismo moderno, especialmente la aparición del trabajo asalariado y la disolución de las relaciones feudales y corporativas. La “forma nación”, como la llama al autor, fue una estrategia para reconciliar a las clases heterogéneas que se enfrentaban dentro de los Estados, pero también sirvió para articular a las burguesías nacionales en su lucha contra las de otros Estados⁵ y, como veremos, para justificar, a través del racismo, la explotación de los trabajadores de la periferia.

A diferencia de Wallerstein, Balibar se ocupa de explicar la forma en que se construyen las naciones a través de lo que él llama la construcción del *homo nationalis*, es decir, la producción de una subjetividad específica en la que se fijen sentimientos de amor hacia la comunidad y de distancia frente a otras comunidades. Esa subjetividad “[...] tiene que convertirse en una condición *a priori* de la comunicación entre los individuos (los ‘ciudadanos’) y entre los grupos sociales, no suprimiendo todas las diferencias sino relativizándolas y subordinándolas, de modo que prime la diferencia simbólica entre ‘nosotros’ y ‘los extranjeros’ viviéndola como irreductible” (Balibar, 1991b, p. 147). Esto se hace a través de una red de mecanismos y de prácticas cotidianas, entre ellas, el sometimiento a la ley común y en la enseñanza en la escuela. Allí, el uso cotidiano y

⁴ Sobre el particular, dice Balibar “La historia de las formaciones sociales no sería tanto la del paso de las comunidades no mercantiles a la sociedad de mercado o de intercambios generalizados (incluido el intercambio de fuerza humana de trabajo) –representación liberal o sociológica que ha conservado el marxismo–, como la de las *reacciones* del complejo de las relaciones sociales ‘no económicas’ que forman el aglutinante de una colectividad histórica de individuos frente a la desestructuración con que las amenaza la expansión de la *forma valor*. Estas reacciones confieren a la historia social una dinámica irreductible a la simple ‘lógica’ de la reproducción ampliada del capital o incluso a un ‘juego estratégico’ de los actores, definidos por la división del trabajo y el sistema de Estados. Son ellas también las que subyacen bajo las producciones ideológicas institucionales, intrínsecamente ambiguas, que son la verdadera materia de la política (por ejemplo, la ideología de los derechos humanos, pero también el racismo, el nacionalismo, el sexismo y sus antítesis revolucionarias)” (Wallerstein *et al.*, 1991, p. 17, cursivas en el original).

⁵ “Las unidades nacionales se crean a partir de la estructura global de la economía-mundo, en función del papel que desempeñan en ella en un periodo dado, empezando por el centro. Mejor aún: se crean unas contra otras como instrumentos rivales en el control del centro sobre la periferia” (Balibar, 1991b, p. 137).

natural que se hace de una lengua para la enseñanza permite etnificar la comunidad. El eje de esta etnificación son los conceptos de lengua y de raza.

Ninguna nación posee naturalmente una base étnica, pero a medida que las formaciones sociales se nacionalizan, las poblaciones que incluyen, que se reparten o que dominan quedan “etnificadas”, es decir, quedan representadas en el pasado o en el futuro como si formaran una comunidad natural, que posee por sí misma una identidad de origen, de cultura, de intereses, que trasciende a los individuos y las condiciones sociales. (Balibar, 1991b, p. 147)

Esta explicación de la construcción de la nación conduce al tema del racismo, también trabajado por Wallerstein. Para Balibar, la construcción de la nación pasa por la creación de una comunidad nacional igualitaria (universalismo), pero, también, por la diferenciación frente a los otros sujetos que no hacen parte de esa comunidad. De allí, nace el racismo⁶.

Un grupo grande de teóricos analiza al nacionalismo como un fenómeno ideológico, centrándose en las ideas que lo sustentan, las clases que lo construyen y lo difunden. Abordaremos, en este apartado, a Paul Brass y Elike Kedouri.

Paul Brass, en varios de sus artículos, como “Elite Groups, Symbol Manipulation and Ethnic Identity among the Muslim of South Asia” (citado en Jaffrelot, 1993), entiende el nacionalismo como una ideología creada por élites que usan marcadores identitarios, como la lengua y la raza, para movilizar masas disponibles que han perdido sus referentes tradicionales como producto de la modernización. Esta movilización tiene como objetivo alcanzar o consolidar el poder de esas élites. Distanciándose de instrumentalistas más radicales, como Jack Eller y Reed Coughlan, el autor sostiene, sin embargo, que el repertorio que usan los intelectuales para construir el nacionalismo no es creado por esos intelectuales sino que proviene de los contenidos simbólicos de las comunidades. Así, de cierta manera, acepta que hay, como lo diría Clifford Geertz, cierto apego primordial por la lengua y otros contenidos culturales (Smith, 2000, p. 277).

⁶ Sobre el racismo y su función, dice el autor: “Generalizando estas reflexiones, diría en primer lugar que, en el campo histórico del nacionalismo, siempre hay reciprocidad de determinación entre este y el racismo. Se manifiesta en primer lugar en la forma en que el desarrollo del nacionalismo y su uso oficial por parte del Estado transforma en racismo, en el sentido moderno de la palabra (colocándolos bajo el significante de la etnicidad), antagonismos, persecuciones de origen completamente diferente” (Balibar, 1991c, p. 86). Esta explicación del racismo se diferencia por su énfasis en lo político frente a la ya mencionada explicación de Wallerstein para quien en el capitalismo del sistema mundo, el racismo es una forma de eliminar las reivindicaciones de ciertos grupos de trabajadores, sin correr con el costo de expulsarlos del mercado de trabajo, pues esto es costoso para el sistema, explicación similar a la que da el autor del sexismo.

El británico Elie Kedouri es un de los principales exponentes del nacionalismo como ideología. A partir del estudio de los nacionalismos asiáticos y africanos, sostiene que la ideología nacional es elaborada por la juventud del tercer mundo como reacción a la disolución de los valores tradicionales ante la arremetida de los valores occidentales que llegan a través de las colonias; esta juventud se encuentra en una situación de marginación, pues las prácticas coloniales los excluyen de los altos cargos burocráticos y del manejo de la política. Esta reacción se procesa a través de la idea de nación, que surgió en Europa, pero que se difundió por el tercer mundo. El nacionalismo como ideología sostiene que la humanidad se divide en naciones, que las naciones se identifican por contar con ciertas características que pueden conocerse y que la única forma legítima de gobierno es el autogobierno (Smith, 2000, p. 187).

La recurrencia al concepto de nación que hace esa juventud marginada del tercer mundo permite crear un sentimiento nacional que apela al pasado étnico y permite restaurar la moral tradicional.

La reificación de la nación y su permanencia histórica (perennialismo)

Dentro de este grupo, se ubican los primordialistas sociobiólogos y los culturalistas. Los primeros, cuyo principal exponente es Pierre Van den Berghe, sostienen que la nación es extensión de una forma de sociabilidad primordial, que son los vínculos de parentesco. Estos vínculos descansan en el impulso primordial de maximizar la información genética y cuidar la progenie, por lo cual se forman familias, superfamilias, grupos étnicos y, dentro de la misma lógica, se forman naciones. Esta necesidad sociobiológica permitió “[...] la extensión de ese modelo primordial de organización social para crear sociedades mucho más extensas que englobaran a miles de personas” (Van den Berghe citado en Smith, 2000, p. 265).

Dado que las similitudes genéticas no son apreciables a simple vista, la adscripción a la nación depende de que el individuo reconozca en los otros miembros rasgos culturales que como la lengua, la religión y las costumbres, le permiten detectar que hay un ancestro común, es decir, que la similitud cultural termina siendo el medidor de la etnicidad. Allí, justamente, radica la crítica de Anthony Smith a esta visión, y es que lo biológico, que se postula como base de la explicación, termina siendo reemplazado por lo cultural (Smith, 2000, p. 266).

Pero lo primordial también puede ser lo cultural. Esta es la visión del primordialismo cultural cuya idea originaria se atribuye a Edward Shils en un texto publicado en 1957 titulado “Primordial, Personal Sacred-and Civil Ties”, en el que el autor sostiene que los vínculos primordiales de la familia, la religión y los grupos étnicos se mantienen aun en la sociedades industrializadas.

El desarrollo de esta visión lo lleva a cabo Clifford Geertz en *La interpretación de las culturas*. El contexto del trabajo es fundamental para comprender sus argumentos.

El antropólogo analiza el proceso de construcción de los Estados asiáticos y africanos tras la descolonización, señalando que aun cuando no se han alcanzado las reformas sociales que los pueblos demandaban, hay una emoción política que se expresa en el nacionalismo. “El nacionalismo –amorfo, con inciertas metas, a medias articulado, pero así y todo en alto grado inflamable– continúa siendo la principal pasión colectiva en la mayoría de los nuevos estados y en algunos es virtualmente la única” (Geertz, 2003, p. 204).

El nacionalismo nace de dos grandes fuerzas: del deseo de identidad de esos pueblos que buscan ser reconocidos en su peculiaridad y de la demanda de progreso, de mejores niveles de vida, de un orden político más efectivo, de mayor justicia social y, además de todo eso, la demanda de “desempeñar un papel en el escenario mayor de la política internacional”, de “ejercer influencia entre las naciones” (Geertz, 2003, p. 220). Lo primero se explica por lo que el autor llama el apego primordial y que define como:

[...] el que procede de los hechos “dados” [...] de la existencia social: la contigüidad inmediata y las conexiones de parentesco principalmente, pero además los hechos dados que suponen el haber nacido en una particular comunidad religiosa, el hablar de una determinada lengua o dialecto de una lengua y el atenerse a ciertas prácticas sociales particulares. Estas igualdades de sangre, habla, costumbres, etc. se experimentan como vínculos inefables, vigorosos y obligatorios en sí mismos. Uno está ligado a su pariente, a su vecino, a su coreligionario *ipso facto*, como resultado no ya tan solo del afecto personal, de la necesidad práctica o de los comunes intereses, sino en gran parte por el hecho de que se asigna una importancia absoluta e inexplicable al vínculo mismo. (Geertz, 2003, p. 222)

La nación se construye, pues, sobre la puja de los apegos tradicionales que el autor llama primordialismo y que se construye desde el estilo de vida indígena, haciendo hincapié en las raíces comunes, como la tradición, la cultura, el carácter nacional o hasta la raza y el espíritu de época que busca contemporizar con los valores del mundo moderno⁷. Una vez se ha despertado en una comunidad el deseo de ser una nación, es decir, de ser un cuerpo político organizado y respetado en el mundo, ese deseo resulta implacable (Geertz, 2003, p. 204).

Para Geertz, el nacionalismo es una ideología y las ideologías no son, como pretende el marxismo, un conjunto de ideas que favorecen a algunos, sino una respuesta a la tensión

⁷ “Esta tensión entre sentimientos primordiales y política civil, aunque pueda moderarse, probablemente no pueda hacerse desaparecer del todo. La fuerza de los hechos ‘dados’ del lugar, de la lengua, de la sangre y del estilo de vida, en cuanto a que forjan la idea que un individuo tiene de quién es en el fondo y con quiénes está indisolublemente ligado, está enraizada en los fundamentos no racionales de la personalidad” (Geertz, 2003, p. 234).

que se suscita en situaciones desesperadas, como cuando las instituciones indígenas entran en contacto con las modernas. Los contenidos de la ideología proveen a los seres humanos de una guía para orientarse en un mundo confuso. Para sustentar eso, el autor señala que la razón por la cual la revolución francesa fue la más grande incubadora de ideologías extremistas, “progresistas” y “reaccionarias” en la historia humana, no fue porque la inseguridad personal o el desequilibrio social fueran más profundos sino porque el principio central de organización de la vida política, el derecho divino de los reyes, se había derrumbado. “Es la confluencia de tensiones sociopsicológicas, cuando faltan recursos culturales mediante los cuales se pueda dar sentido a las tensiones, lo que prepara el escenario para que aparezcan ideologías sistemáticas (políticas, morales o económicas)” (Geertz, 2003, p. 191).

La visión de Geertz es criticada por Paul Brass. Este autor acepta que existen apegos emotivos en los sujetos, pero afirma que no son primordiales en el sentido de fundamentales, puesto que pueden cambiar, como ocurre cuando la gente bilingüe abandona su idioma tradicional o cuando pierde su apego emotivo hacia la familia, la religión o las costumbres, producto del desarraigo o de las migraciones.

Otro autor que se puede ubicar dentro de los culturalistas perennialistas es John Armstrong con su trabajo *Nations before Nationalism*, en el que adopta una visión de larga duración para rastrear las bases de esa identificación colectiva que se llama nación. Encuentra que la identidad étnica se forma alrededor de una diferenciación nosotros-ellos que se construye a partir de símbolos y mitos sólo compartidos por el nosotros y que resultan incomprensibles para quienes no pertenezcan a la comunidad.

Modernización y reificación de la nación

Un grupo de autores, entre los cuales el más destacado es Walter Connor –exponente del llamado etnonacionalismo– sostienen que la nación, aunque se crea en la modernidad, descansa sobre unos vínculos realmente existentes que se establecen entre los miembros de las comunidades étnicas que comparten una relación ancestral y una historia común.

Connor sostiene que la nación es un grupo de personas que creen tener una ascendencia común y que se autoidentifica y autodiferencia como esa comunidad. El sustrato de la nación proviene de un sentimiento de identidad y de autoedificación que se remonta a la familia y al grupo étnico. “La esencia de la nación no es tangible sino psicológica. Es una cuestión de actitudes y no de hechos” (Connor, 1998, p. 45). “La esencia de la nación es el vínculo psicológico que une a un pueblo y, en la convicción subconsciente de sus miembros, lo distingue de una forma decisiva del resto de la humanidad” (Connor, 1998, p. 185).

Dado que considera que se ha subestimado la fuerza emocional de lo nacional y de los sentimientos étnicos, tal vez porque la nación se ha reducido a un componente del Estado-nación, propone que en el estudio del nacionalismo se analicen las imágenes

que están en la base de los discursos, las poesías, la propaganda nacional, pues allí se pueden encontrar los contenidos que mueven los sentimientos nacionales y que seguramente remiten a aquellos que identificaba a los primeros grupos de sociabilidad: la sangre y la tierra, entre otros.

La permanencia histórica de la nación como construcción

Dentro del grupo de quienes sostienen que la nación es perenne pero que es una construcción, abordaremos a Anthony Smith y a Liah Greenfeld. Smith califica su enfoque sobre el estudio del nacionalismo como etnosimbólico e histórico y explica que dicho enfoque resulta de la forma como cambió su objeto de estudio: comenzó estudiando el nacionalismo; luego, pasó a abordar la nación y, finalmente, se concentró en los grupos étnicos. Como veremos, esto lo llevó a combinar una mirada “desde arriba” con una “desde abajo”. En sus trabajos sobre el nacionalismo, partió de distinguir entre el nacionalismo como ideología, movimiento, sentimiento y proceso de construcción nacional (Smith, 2000, p. 329). Se centró en el estudio del nacionalismo como ideología⁸, fenómeno propio de la modernidad y producto de la acción de inteligencias que se ven vulneradas y excluidas por la aparición del Estado burocratizado y por ello regresaron a lo étnico para buscar una legitimación del poder distinta a la visión secular del Estado. Desde esta explicación, la nación, concepto aparecido en la modernidad, resulta de la confluencia del nacionalismo y del etnocentrismo. Aquí, se ve claramente su visión constructivista.

Luego, Smith se ocupa de las comunidades étnicas, buscando encontrar allí la fuerza que tiene la nación y los profundos sentimientos que unen a sus miembros. De allí su visión perennialista. En *Los orígenes étnicos de la nación*, define la etnia como “[...] poblaciones humanas dotadas de nombre que comparten mitos sagrados sobre ancestros, historias y culturas que mantienen una asociación con un territorio específico y un sentido de la solidaridad” (Smith, 2000, p. 336). En el descubrimiento y el uso de la etnohistoria por parte de los intelectuales, en el uso de los mitos y los símbolos, el autor encuentra la fuerza de los nacionalismos.

Dentro de este grupo, se encuentra también la historiadora y socióloga Liah Greenfeld, cuya visión se aparta de las visiones modernistas que entendían el nacionalismo producto de estructuras y procesos de la modernidad, para sostener que el nacionalismo es más bien un elemento constitutivo de la modernidad.

La autora va a definir el nacionalismo como una perspectiva o un estilo de pensamiento que ubica la fuente de identidad individual en un pueblo que es visto como el

⁸ El nacionalismo como ideología se caracteriza por supuestos en el sentido de que el mundo se divide naturalmente en naciones, cada una con un carácter propio y un destino; la nación es la fuente del poder político; si los hombres quieren ser libres y realizarse, deben pertenecer a una nación; las naciones solo pueden ser liberadas y realizarse si cuentan con su propio Estado (Smith, 2000, p. 329).

portador de la soberanía, el objeto central de la lealtad y la base de la solidaridad colectiva (Greenfeld, 1990, p. 549). Este pueblo es representado como una gran comunidad, fundamentalmente homogénea, sólo dividida por líneas de clase, estatus, localidad y, en algunos casos, de etnicidad. Pero estas divisiones sólo tienen un valor secundario. Lo característico del pensamiento nacionalista es concebir el Estado en función del principio de la soberanía del pueblo y representarse el mundo dividido en pueblos soberanos o comunidades de iguales.

En su clásico texto *Nationalism. Five Road to Modernity*, la autora estudia la aparición del nacionalismo en Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania y los Estados Unidos de América, ofreciendo un modelo para entender la aparición del mismo (Greenfeld, 1992)

Señala que la idea de nación apareció por primera vez en Inglaterra en el siglo XVI y que, de allí, se exportó a otros países. El contexto original fue la Guerra de las Rosas, que acabó con la vieja nobleza que fue desplazada por una nueva asociada a los Tudor. Esta nueva nobleza estaba constituida por funcionarios cuyo estatus dependía de su servicio a la Corona. Esta clase, al igual que las ricas burguesías que hacían parte del parlamento, sentían que su estatus dependía fuertemente de la voluntad real; por esta razón, construyeron el concepto igualitarista de nación. Esta construcción supuso vincular el concepto de nación, que antes del siglo XVI hacía referencia a las élites de representantes en Inglaterra organizadas en iglesias y partidos a las que se les llamaba “las naciones”, y el concepto pueblo, con el que se denominaba a las clases bajas. Con esta unión, las élites pasaron a asumir la soberanía en nombre de todo el pueblo, por lo que se puede afirmar que la construcción del concepto tuvo una consecuencia democratizadora, pues aumentó su dignidad. “*The adoption of the idea of the nation always implied symbolic elevation of the populace, and therefore the creation of a new social order, a new structural reality*” (Greenfeld, 1999, pg. 82).

Greenfeld explica que la construcción de la nación se hace en tres etapas: la etapa estructural, la cultural y el resentimiento, que ilustraremos aquí con el caso ruso. En la etapa estructural, aparece un grupo que no está conforme con su estatus y, por lo tanto, elabora el nacionalismo como un dispositivo. Esta inconformidad se deriva de una situación de anomia, producto de la inconsistencia de su estatus, pues este se vio afectado por algún cambio, lo que generó inseguridad en esa clase. En el caso de Rusia, la autora explica que, con la llegada al poder de Pedro el Grande (1672-1775), la nobleza que tradicionalmente había sido funcionaria del Estado y que de allí derivaba su estatus pues no era gran poseedora de tierra, perdió el privilegio de heredar los cargos, por lo que su posición se vio vulnerada y su situación se tornó insegura. Adicionalmente, Pedro el Grande pretendió “domesticar” a los funcionarios, lo que resultó ofensivo para ellos; se les prohibió, por ejemplo, usar largas barbas y les obligó a aprender etiqueta.

Not satisfied with their being domesticated, Peter set out to civilize them, and in his determination knew no pity: he had no regard with their values and habits or for what they held dear and appropriate. He shave their beards, groomed with care and worn their dignity and under the threat of "cruel punishment" ordered them to give up their resplendent kaftans for the funny, outlandish clothes which made them feel naked and brought tears so shame to their eyes. (Greenfeld, 1990, p. 554)

Adicionalmente, como Pedro el Grande quiso occidentalizar Rusia, envió funcionarios a Francia, lo que tuvo como consecuencia que la nobleza rusa entrara en contacto con la francesa, que gozaba de grandes privilegios. Esto reforzó la insatisfacción. Lo anterior creó las condiciones para que la nobleza abandonara el estatus de noble por otro, el de nación. "*Nationality elevated every member of the nation and offered an absolute guarantee from the loss of status beyond a certain- rather level- One could be stripped of nobility, but (unless one rejected it of one's free will, which possibility was not to be the relevant for Russian) not of nationality*" (Greenfeld, 1990, p. 568).

En la etapa cultural, generalmente, los intelectuales reinterpretan ideas, tradiciones o identidades pre-nacionales para construir el concepto de nación.

This often involved reinterpreting these ideas in terms of indigenous traditions that might have existed alongside the dominant system of ideas in which the now rejected traditional identity was imbedded, as well as elements of this system of ideas itself, which were not rejected. Such reinterpretation plied incorporation of pre-national modes of thought within the nascent national consciousness, which were then carried on in it and reinforced. (Greenfeld, 1999, p. 84)

Tras la etapa cultural, sigue la del resentimiento, en la que esas ideas adquieren mayor solidez. El resentimiento es un término acuñado por Nietzsche y más tarde definido y desarrollado por Max Scheler, que hace referencia a un estado psicológico resultante de sentimientos reprimidos de la envidia y la imposibilidad de actuar frente a esos sentimientos. Eso ocasiona una transvaluación (cambio de valores). Para que haya resentimiento se necesita una base estructural de la envidia, que consiste en la percepción del sujeto de que él y el objeto de la envidia (el envidiado) son iguales. El resentimiento puede inspirarse en una situación dentro de la comunidad o por la posición de esta comunidad en relación a otras. La mayoría de las veces las dos situaciones se confunden. Puede ocurrir, entonces, que la situación interna poco satisfactoria sea interpretada como un resultado de la intervención de los extranjeros y, así, la comunidad de afuera se convierte en objeto de resentimiento.

En Rusia, por ejemplo, una nobleza que experimenta inconsistencia de estatus e inseguridad entra en contacto con Francia y toma de allí la idea de nación; justamente por esto, los rusos despiertan a la admiración por Occidente. Pero como Occidente no puede ser imitado pues las condiciones rusas son radicalmente distintas, los rusos experimentan el resentimiento que los lleva a despreciar a Occidente, a lo que sigue la transvaluación manifiesta en la exaltación de valores contrarios a los occidentales, por ejemplo, de la sensibilidad rusa frente a la racionalidad occidental o del espíritu comunitario frente al individualismo inglés.

Como ya se ha mencionado, para Greenfeld, el nacionalismo es la base del mundo moderno y no al revés. La autora plantea que el nacionalismo construye el Estado, y no a la inversa, pues si el Estado es la organización que reclama para sí el monopolio de la fuerza legítima, como lo plantea Weber, esa organización supone la existencia de una comunidad (la nación) que se reivindica a sí misma como poseedora de la soberanía. Sostiene, también, que la competencia entre las naciones por la riqueza impulsó el desarrollo capitalista, por lo que el nacionalismo también adquiere relevancia en la comprensión de la dinámica de la economía moderna. Incluso llega a afirmar, en un ensayo titulado “Science and National Greatness in Seventeenth-Century England”, que el nacionalismo impulsó la ciencia en Inglaterra, pues los ingleses forjaron como un distintivo de su nación el racionalismo, característica que el Estado promovió a través de las empresas científicas para distinguirse de los otros países (Greenfeld, 2006).

Visiones posmodernas

Como lo señala Anthony Smith, las visiones posmodernas no pretenden, como es propio de tal postura epistemológica, proponer una teoría general sobre el nacionalismo. Más bien, se ocupan de explicar problemas culturales y políticos específicos en áreas concretas. Pueden señalarse, sin embargo, algunos problemas comunes relacionados con la cuestión nacional que abordan los autores que trabajan bajo esta perspectiva, entre ellos: la existencia de Estados poliétnicos; la fragmentación de la unidad nacional y el multiculturalismo⁹; el género y la construcción de la nación¹⁰; las relaciones entre globalización, supranacionalidad e identidad nación; la participación de los grupos subalternos en la creación de la nación; la creación de la nación y las políticas culturales¹¹; la forma como los sujetos viven la nación en su vida cotidiana y la forma como

⁹ Ver, por ejemplo, el ya citado texto de Kymlicka *Estados, naciones y culturas* (2004) o *Ciudadanía multicultural* (1997).

¹⁰ Ver Walby (1992). x

¹¹ Sobre el particular, se destacan los trabajos de Néstor García Canclini, quien sostiene que la construcción de la nación se hace a través de políticas culturales que funcionan por redes duras, como la educación, la televisión estatal, por ejemplo, pero que también hay redes blandas, como

se reproduce la nación¹², entre otros. Hay que destacar, también, los estudios sobre narrativa y nación, en especial los de Homi Bhabba y Partha Chatterje. Bhabba plantea que el tiempo lineal y homogéneo que según Perry Anderson permite construir la idea de nación desde la difusión de la prensa, no es el único en que se desenvuelve la nación. Hay otro tiempo, el de la vida cotidiana, en el que la nación se construye cada vez que se invoca, pues la invocación es un acto performativo (Bhabba, 2002). Propone, pues, el estudio de la forma como la narración crea la nación, en un sentido similar a como la hace Billig cuando se refiere al sentido profundo de territorialidad nacional que funciona como el plebiscito cotidiano al que hacía referencia Renan cuando los medios nacionales usan expresiones como “el primer ministro” o “el clima que hay en el territorio”. “Ernst Renan declaró que la existencia de la nación dependía de un ‘plebiscito cotidiano’ porque sin ‘un deseo manifiesto de seguir una vida cotidiana’ la nación desaparece en la historia. Como ha asistido Benedict Anderson (1983) las naciones son ‘comunidades imaginarias’ (Billig, 1998, p. 42).

Partha Chatterje, por su parte, desde sus estudios sobre el nacionalismo bengalí encuentra que el discurso sobre la nación está compuesto por fragmentos de nación a partir de las visiones que tienen grupos diversos, por lo que cuestiona la idea del *Nation-building* que postula que es el Estado el constructor exclusivo de la nación (2008).

Conclusiones

Las teorías sobre las naciones y el nacionalismo pueden clasificarse desde el énfasis que se pone en distintas variables independientes para explicar el origen de la nación. Estas variables son tiempo (teorías modernistas y perennialistas); naturaleza de la nación (teorías constructivistas y reificadoras); causas de la formación nacional (estructuralismo social, biológico o económico y teorías de acción individual o social) y función de la nación (dominación o cohesión). Los análisis posmodernos han abordado esas variables de una forma distinta: la cuestión de la temporalidad ha dejado de ser la discusión del origen moderno para convertirse en la cuestión de la temporalidad de los relatos y de las diferencias de temporalidad entre el primer y el tercer mundo. En cuanto a la naturaleza de la nación, las visiones posmodernas tienden a ser constructivistas y a señalar que la nación se construye desde distintos fragmentos de memoria y desde distintos relatos, por lo que permite resistencias múltiples a la dominación.

las ,sociales y las estaciones comunitarias, en las que pueden circular otros proyectos de nación. Ver García Canclini (1989; 1999).

¹² Además del trabajo de Billig ya reseñado, el tema es trabajado por Ana María Alonso (1994), quien sostiene que la nación se reproduce, entre otros mecanismos, a través de la organización simbólica y material en el espacio social.

Referencias bibliográficas

- Alonso, A. M. (1994). "Políticas de espacio, tiempo y sustancia: formación del Estado, nacionalismo y etnicidad". En M. Camus (coord.). *Las ideas detrás de la etnicidad*. Antigua: Colección por qué estamos como estamos.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Balibar, E. (1991a). "¿Existe el neorracismo?". En I. y. Wallstein. *Raza, nación y clase* (31-47). Madrid: Iepala Textos.
- Balibar, E. (1991b). "La forma nación: historia e ideología". En I. y. Wallerstein. *Raza, nación y clase* (135-168). Madrid: Iepala Textos.
- Balibar, E. (1991c). "Racismo y nacionalismo". En I. y. Wallenstein. *Raza, nación y clase* (63-110). Madrid: Iepala Textos.
- Bhabba, H. (1990). *Nation and Narration*. New York: Routledge.
- Bhabba, H. (2002). "Diseminación: tiempo, narrativa y márgenes de la nación moderna". En E. Von der Walde. *Miradas anglosajonas al debate sobre la nación* (39-74). Bogotá: Imprenta Nacional.
- Billig, M. (1998). "El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional". *Revista Mexicana de Sociología*, 60 (1): 37-57.
- Bolívar, I. (2002). *Nación y sociedad contemporánea*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Castells, M. (2005). *La era de la información. economía, sociedad y cultura. Tomo III*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chatterjee, P. (1993). *The Nation and its Fragment*. Princeton: Princeton University Press.
- Chatterjee, P. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Chávez Frías, H. (1992). *Un brazalete tricolor*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.
- Cohen, I. (1993). "A New Latin American and Caribbean Nationalism". *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 526, Free Trade in the Western Hemisphere: 36-46.
- Connor, W. (1998). *Etnonacionalismo*. Madrid: Trama Editorial.
- Delannoi, G. (1993). "La teoría de la nación y sus ambivalencias". En G. Delannoi (comp.). *Teorías del nacionalismo* (9-16). Barcelona: Paidós.

- García Canclini, N. (1999). *La globalización imaginada*. Barcelona: Paidós.
- García Canclini, N. (1989) *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Greenfeld, L. (2007). "National identity". En C. Boix. *Oxford Handbook of Comparative Politics* (256-272). Oxford: Oxford University Press.
- Greenfeld, L. (2006). *Nationalism and the mind*. Oxford: Oneworld Publications.
- Greenfeld, L. (1999). "Nationalism and Aggression". *Theory and Society*, 23 (1): 79-130.
- Greenfeld, L. (1992). *Nationalism. Five Road to Modernity*. Cambridge: Harvard University Press.
- Greenfeld, L. (1990). "The formation of the Russian National Identity". *Comparative Studies in Society and History*, 32 (3): 549-591.
- Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. y. (1983). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Jaffrelot, C. (1993). "Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo. Revisión crítica". En G. Delanoi. *Teorías del nacionalismo* (63-181). Barcelona: Paidós.
- Kymlicka, W. (1997). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós.
- Kymlicka, W. (2004). *Estados, naciones y culturas*. Córdoba: Almuzara.
- Lenin, V. I. (2008). "Tesis y adiciones sobre los problemas nacional y colonial". En *Los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista* (167-185). Izquierda Revolucionaria.
- Lenin, V. I. (sf). *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*. Espacio Revolucionario Andaluz.
- Mascitelli, E. (1985a). *Diccionario de términos marxistas*. Barcelona: Grijalbo.
- Mascitelli, E. (ed.). (1985b). *Diccionario de términos marxistas*. México: Grijalbo.
- Perez, J. M. (2001). "Etnicidad y nacionalismo en el siglo xxi". En Consello da Cultura Gallega-Xunta de Galicia. *Actas do Simposio Internacional de Antropoloxía "Etnicidade e Nacionalismo" en Santiago de Compostela el 2001* (159-172).
- Reid, P. (2008). *Le regard de l'autre*. Québec: Les éditions de L'instant meme.

- Roger, A. (2001). *Les Grandes Théories Du Nationalisme*. Paris: Éditions Dalloz.
- Santamaria, A. R. (2001). *Los nacionalismos. De los orígenes a la globalización*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Smith, A. (2000). *Nacionalismo y Modernidad*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Smith, A. (1986). *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Blackwell.
- Stalin, J. (1977). *El marxismo y la cuestión nacional*. Barcelona: Anagrama.
- Walby, S. (1992). "Woman and Nations". En A. Smith (ed.) *Ethnicity and Nationalism. International Studies in Sociology and Social Anthropology* vol. 1.
- Wallenstein, I. (1991). "Universalismo, racismo y sexismo, tensiones ideológicas del capitalismo". En I. Wallenstein. *Raza, nación y clase* (49-63). Madrid: Iepala Textos.
- Wallerstein, I. (1991). "La construcción de los pueblos: racismo, nacionalismo y etnicidad". En I. Wallerstein. *Raza, nación y clase* (111-134). Madrid : Iepala Textos.
- Wallerstein, I. y E. Balibar. (1991). *Raza, nación y clase*. Madrid: Iepala Textos.